

CAPÍTULO XIX.

Fecha célebre —Batalla de Castillejos. —Brillante carga de los Húsares de la Princesa. —Hazaña gloriosa del regimiento de Córdoba. —El capitán Villedor. —Parte del comandante de los Húsares al general Galiano. —Pérdidas dolorosas. —Trofeo enemigo. —Es llevado á Madrid. —Prisioneros de guerra. —Abnegacion de una mujer. —Documento histórico. —Heroismo del general Prim. —Su biografía.

Los dias primeros de enero se han singularizado en la historia con notables hechos de armas, honor de las tropas españolas. En 1.º de enero de 1505 ocurrió la toma de Gaeta por los españoles al mando del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba, defendida por los franceses. El 2 de enero de 1295, empezó el sitio de Tarifa por los moros, defendida heroicamente por los cristianos, al mando de D. Alonso Perez de Guzman, apellidado despues el Bueno. El 2 de enero de 1492, se verificó la rendicion de Granada á los cristianos, mandados por los reyes católicos Fernando é Isabel, y defendida por los moros. Y el 1.º de enero de 1860 se verifica el hecho de armas mas importante de los ocurridos hasta ahora en la campaña de Africa. Es agradable tambien la coincidencia de que todos estos recuerdos son de verdadera gloria nacional.

El primer dia del año, el ejército español tuvo su primera batalla considerable en Africa, provocada por la valiente marcha avanzada del general Prim. Lo mas notable de esta jornada fué una carga igual exactamente á la de la caballería inglesa en Balaklava, por dos escuadrones de húsares de la Princesa. La misma equivocacion de un edecan, la misma implícita obediencia en el oficial de mando, la misma brillante carga en un valle sembrado de enemigos, la misma sangrienta retirada. La resistencia

de los rusos no tiene punto de comparacion con la de los moros; no obstante debe rendirse el honor á quien lo merece. Los húsares españoles se precipitaron sobre el valle de la muerte, con tan invencible valor, con tan firme determinacion de hacer su deber, como la caballería inglesa en octubre de 1854, sin que volviese un soldado con una sola mancha en su nombre. Marcharon al fuego enemigo, y aun á su campamento, volviendo de él sin traer consigo mas que su gloria, y la memoria de un gran hecho de armas.

Segun las versiones mas acreditadas, un edecan pronunció la palabra cobardes aludiendo á los moros, la cual creyó el oficial al mando de la caballería dirigida á esta, lanzándose sin vacilar al oirla en medio del fuego enemigo. La muerte de dos bizarros oficiales y el haber sido heridos cinco mas, parece una grande desproporcion, y en efecto lo es, atendida á la escasez de estos héroicos espartanos mandados por otro Leonidas. ¡Honor eterno á estos héroes inmortales! La patria reconocida debe grabar sus nombres con caracteres indelebles. La historia llevará su inmortal proeza hasta la mas remota posteridad.

Habia llegado el momento con tanta impaciencia deseado por toda la nacion española y por su valeroso ejército. Como ya se presentia, el primer dia de enero nuestras tropas abandonaron la briosa defensiva en que hasta entonces habian luchado, y arremetiendo á su vez á la insolente morisma, lo hicieron á la manera que cumplia á un grande y glorioso ejército, no como nuestros enemigos, atacando para retroceder, sino para ocupar las posesiones que ellos tenian, arrojarles de su campo, arrebatarles sus banderas y acampar allí en donde de antemano se habia dicho que era el sitio mas conveniente para fijar nuestros cuarteles.

Apenas apuntaba el dia en el horizonte, cuando la division del conde de Reus, que una vez mas ha acreditado su arrojo y su bravura, salió de vanguardia para ir reconociendo y despejando el terreno que se iba á ocupar. Media legua mas allá del sitio ocupado por el cuerpo de ejército del general Ros de Olano, empezaron á romper el fuego algunas guerrillas de los moros, á las cuales se les hizo retroceder bien pronto, ayudando en esta operacion al general Prim los vapores y lanchas cañoneras que desde muy temprano se habian mandado á aquella playa.

Salvando dificultades de todos géneros y arrollando al enemigo, el general Prim fué ocupando la derecha de todo el terreno en que iban á acampar su division y las dos del general Zavala,

terreno que en una estension de mas de dos leguas se fué ganando palmo á palmo con la mayor bravura. Al término ya del viaje, el conde de Reus encontró una seria y tenaz resistencia por parte de los moros. Quiso vencerla, y entonces dispuso un ataque general en que, avanzando por nuestra derecha algunas fuerzas de infanteria, y disponiendo por nuestra izquierda una carga de dos escuadrones de húsares que estaban á sus órdenes, se proponia con fuerzas muy inferiores, sin duda, envolver y derrotar al enemigo completamente.

Los dos escuadrones de húsares de la Princesa estaban apostados en la playa de los Castillejos, que es bastante despejada y que termina en una cañada bastante abierta, aunque hay sitio en que los caballos no pueden pasar sino de uno en uno. Las fuerzas de infanteria que mandaba el general Prim seguian en la derecha batiendo al enemigo y ocupando las montañas, frente de las cuales se hallaba este situado. Nuestra caballeria apoyada en su retaguardia por las fuerzas sùtiles de mar, y en su derecha, á la entrada de la cañada, por algunos soldados del bizarro batallon de cazadores de Vergara y por unos pocos presidarios que estaban en la misma playa de los Castillejos, se lanzó impetuosa y valientemente á la carga, apenas recibió la órden del general Prim, comunicada por su ayudante señor Detall.

El fuego seguia vivisimo por la derecha: parecia mas fácil atravesar un bosque sin tocar una rama, que estar en aquel sitio sin recibir un balazo; pero nuestros valientes húsares se lanzaron, y entonces, despreciando las balas que de todas partes salian, arremetieron el campo enemigo de tal manera, que llegaron hasta sus mismas tiendas, cónicas y blanquísimas casi todas ellas, ensangrentando sus espadas con los pechos enemigos, arrebatándoles una bandera, que es de damasco amarillo, y aunque teniendo algunas bajas bien sensibles, sembrando el espanto, la desolacion y la muerte en el campo enemigo.

Al retroceder los húsares, observaron que el oficial D. Gaspar Valledor quedaba en poder del enemigo, y entonces volvieron á dar una nueva y brillantísima carga para recobrarlo. Los moros le habian robado, le habian despojado de sus ropas, y nuestros soldados pudieron recobrarlo con mucha dificultad. En esta carga resultaron muertos los señores Rodriguez Salvador y Herrera, y heridos los comandantes D. Manuel Puente Pelas, D. Francisco Antonio Aldama, los capitanes D. Gabriel Perez Hera, y D. Gaspar Valledor, y contusos D. Alejandro Ingulto y D. José Vidar-

te. Aunque todos, jefes, oficiales y soldados, lucharon con igual valor y bizarría, debemos citar especialmente al cabo de húsares Pedro Mur que tomó á los marroquies un estandarte del centro de sus fuerzas. Mur, es natural de Castejon del Puente, provincia de Huesca, y habia terminado el plazo de su desempeño al principiar la campaña, siendo por lo tanto uno de los que no quisieron tomar la licencia por seguir la suerte de sus compañeros de armas en la guerra de Africa.

Entre tanto, la accion seguia empeñadísima y reñida como ninguna entre nuestra infanteria y la enemiga. El regimiento de Cuenca luchaba con un valor, con un heroismo que parecia una temeridad, un frenesí, una insensatez. Algunos de sus soldados, cansados ya de matar, con la bayoneta rota, cogian prisioneros, y en efecto, presentaron cinco los cazadores Antonio Fernandez, Ambrosio Grande y Manuel Argüelles. La artilleria de á pié se batia admirablemente, aunque hubo un momento en que la aglomeracion de fuerzas enemigas la hizo vacilar lo mismo que á una parte del regimiento de Córdoba; pero el ardor del regimiento del Príncipe, cuyo bravo coronel, señor Pieltain, cayó herido, y los esfuerzos del de Cuenca sostuvieron á sus compañeros de fatiga.

En este momento el general en jefe iba á retirarse del sitio del combate, al inferir por el movimiento de nuestras tropas el esfuerzo supremo y la aglomeracion de fuerzas del enemigo, sacó su espada, y gritando ¡VIVA LA REINA! se lanzó delante de su escolta, salvando jarales, barrancos y montañas con instantánea rapidéz, gritando á nuestros cazadores que subian al lugar de la accion con voz de trueno; *Cazadores á la bayoneta, Cazadores viva la Reina. A ellos, á ellos.*

Aquel momento es indescriptible. No lo intentaremos siquiera, que temerario ó inútil seria querer pintar las emociones de todo género, el ardor, la ira, la indignacion que agitaban y conmovian hondamente todos los ánimos.

Magestuosa é imponente era la figura del general en jefe con la espada en la mano despidiendo brillantísimos fulgores á los ardientes rayos de un sol verdaderamente africano; pero conmovia y encendia el entusiasmo y el valor de todos los pechos, ver á nuestros bravos soldados como se encaramaban por aquellas cuestas, como precipitaban su marcha, como querian poner sus pechos para que sirvieran de escudo á su general, cómo se afanaban por buscar la muerte tal vez; pero salvando la honra de su

madre patria, pero muriendo matando, pero gritando siempre ¡VIVA LA REINA!

Para comprender todo el mérito de la conducta de las tropas en este dia, es preciso no olvidar que los soldados llevaban ademas de las mochilas, tiendas de campaña y mantas, el peso de sus propias raciones para seis dias, y que no habian tomado mas alimento que un poco de café antes del amanecer. En esta disposicion y en un terreno escabrosísimo donde cruzaban las balas sin saberse muchas veces del punto de donde partian, estuvieron haciendo todo el dia prodigios de valor contra un enemigo infinitamente superior en número, conservando siempre las posiciones que habian logrado conquistar á precio de su sangre y que los moros no pudieron volver á ocupar.

Pero la verdadera lucha, la lucha desesperada, el esfuerzo supremo y valiente de nuestros enemigos lo hicieron al llegar á las alturas que dominan la playa de Castillejos. Y era, que bien cercano á estas alturas, tenian establecido su campamento en una gran hondanada dominada por dichas asperezas y en comunicacion con la playa por medio de una cañada ancha en su entrada y angostísima por tales puntos hasta el extremo de que los caballos tenian que pasar uno á uno por sus desfiladeros. Defendieronse, pues los moros con aquella tenacidad y con aquella desesperacion con que defiende uno su propia casa; pero nuestros generales y nuestros soldados hicieron locuras de heroismo y de bravura.

El general Prim, tal vez no se creeria seguro en las posiciones en que se le mandó acampar sin hacer levantar al enemigo el campamento inmediato, ó bien por dar un dia de gloria á la patria apoderándose de este campamento, sin mas fuerzas que las suyas, que eran muy inferiores á las del enemigo, dispuso un ataque general y admirablemente improvisado; pero para cuya ejecucion contó mas con el valor que con el número de sus soldados. Envió, segun se ha visto, á los dos escuadrones de húsares de la Princesa, situados ventajosamente en la playa de Castillejos para evitar una sorpresa del enemigo por la vecina cañada, la orden de cargar, orden que fué, segun parece, mejor ejecutada que comunicada por el ayudante portador de la misma. En estos precisos momentos, el conde de Reus hacia avanzar sus batallones de infanteria, artilleria de á pie, Córdoba, Vergara, Cuenca y algunos otros para envolver á los moros.

Uno de estos regimienos, el de Córdoba tenia empeñada su honra en esta empresa, su honra, que es la del ejército, la de la

nacion entera. Los moros, en su desbordada acometida, rebasaron el mogote ó carrillo en que el regimiento de Córdoba habia dejado sus mochilas. Dos veces nuestras tropas, animadas ya por la desesperacion, las recobraron y las dos volvieron á perderlas, casi envueltas por una espantosa y abrumadora muchedumbre, siempre creciente y siempre violenta en su ataque.

En tan solemne momento, el conde de Reus arrancó la bandera de manos del oficial que la conducia, y volviéndose á los soldados, exclamó con voz ronca por el corage y la fatiga: «En esas mochilas está vuestro honor, venid á recobrarlo, y si no, yo voy á morir entre los moros y á dejar en su poder vuestra bandera». Y esto diciendo, picó espuela á su ágil caballo y se metió denodadamente, tremolando la bandera, por medio de las filas marroquies; y detras de él, al grito de ¡VIVA LA REINA! las tropas entusiasmadas, ciegas, dispuestas á morir con su general ó á vencer.

El espectáculo que entónces ofrecia el campo no se esplica; se siente y se admira; los mas valientes, los que primero habian respondido á la voz del conde de Reus, cayeron acribillados á balazos; la bandera está agujereada y rota por mil partes; el caballo del general, herido. Aquello era la boca del infierno; las balas silbaban á millares en un reducido espacio, y rodaban por donde quiera, cristianos y moros envueltos y confundidos. La lucha se trabó cuerpo á cuerpo, y despues de una resistencia desesperada, casi heroica, los marroquíes tuvieron que abandonar el campo, y el regimiento de Córdoba recobró sus mochilas, su bandera, que será de hoy mas un monumento historico, un título de gloria para los valientes que la salvaron.

Al mismo tiempo que el general en jefe, con su arrojo, con su noble actitud, con sus palabras, con su ímpetu animaba á sus tropas, y las conducia sobre el enemigo, no perdía su serenidad y mandaba situar en una posicion magnífica una bateria de montaña. Desde este instante, el cañon enemigo que dirigió un disparo al conde de Lucena y á su escolta en el momento en que apareció en las alturas y cargó contra los moros, desde este instante el cañon enemigo no volvió á disparar de nuevo. Nuestros soldados avanzaron tanto que se apoderaron de dos cajones de municiones enemigas, uno cargado de galleta y otro con metralla para cañon de á tres. Todos jugaron sus vidas sin temor de ninguna clase, generales, oficiales y soldados. Era mas fácil recibir allí un balazo que quemarse en medio de un incendio.

Pero el enemigo habia aflojado, y se mantenía simplemente á la defensiva. El conde de Reus suplicó reiteradamente al general en jefe, que se retirara del sitio del combate, en la inteligencia que le respondía con su vida y su honra del resultado favorable de la lucha empeñada. Había avanzado tanto el general O Donnell, que Prim hubo de detenerle en su camino, diciéndole amistosamente, pero oponiéndose con resolución á su marcha: — « Mi general, aquí mando yo, y no le permito á V. pasar adelante. » — El conde de Lucena comprendió la razón que asistía al general Prim para estorbarle el paso, y se retiró prudentemente no lejos del peligro; pero si á donde no pudiera con tanta facilidad llegarle una bala y comprometer con una catástrofe la suerte del ejército. Fué á situar en la trinchera, desde donde seguía viendo los movimientos y evoluciones de las tropas de los campos. El combate duró mas que de sol á sol, porque empezó con la aurora y acabó una hora despues de oscurecido. El general en jefe, con la mayor parte de los combatientes, sin haber probado alimento de ninguna clase durante el día, se retiró á su tienda á las siete de la noche.

La acción del día 1.º de Enero, que con mucha razón puede llamarse batalla, es el hecho de armas mas empeñado y al mismo tiempo mas glorioso del ejército español en Africa. Por nuestra parte entraron en fuego unos 9000 hombres. Por la del enemigo, si hemos de dar crédito á los prisioneros, concurrieron 20000 moros mandados por el gran Alcaide Alfarache, hombre muy estimado del Emperador y á las inmediatas órdenes de Muley-Abbas, que también estuvo constantemente en la acción.

La retirada de los húsares despues de la arrojada carga que dieron sobre el campamento enemigo, fué eficazmente protegida por un peloton de quince cazadores de Vergara á quienes la oficialidad de aquellos escuadrones recompensó distribuyéndoles la cantidad de 600 reales, pequeño galardón, pero estimable entre compañeros que se hallan sobre el mismo campo de batalla.

Poco despues de vueltos al campamento los valerosos húsares, vieron venir de los sitios ocupados por los moros un ginete á escape. Fijáronse todas las miradas en él, y ya mas cerca pudieron reconocer en el ginete á un cabo de uno de los escuadrones que venía enteramente cubierto de sangre; pero sin una herida ni contusion, como despues se vió.

El general Prim al verle le preguntó: — ¿ De donde vienes tan tarde? — Señor, le respondió, vengo de recorrer el campa-

mento moro de uno á otro extremo buscando el hermano del Emperador, pues tenía empeño en habérselo traído á V. E. — Bien por los valientes, le dijo Prim dándole un abrazo, mereces una gran recompensa y la tendrás.

En efecto, el espresado cabo de húsares, al cargar se tendió sobre el caballo, y repartiendo cuchilladas y estocadas se olvidó de retirarse con sus compañeros, quedando solo en medio de los moros; pero con tanta fortuna que pudo regresar al fin sano y salvo.

Las heridas y sobre todo la salvación del capitán de uno de los referidos escuadrones, don Gaspar Valledor, es una cosa prodigiosa, siendo objeto de todas las conversaciones así en Cádiz como en el Puerto de Santa María, donde se ha estado curando este valiente oficial.

Al volver de dar una carga con dos secciones, y despues de haber hecho inútiles esfuerzos para salvar al desgraciado teniente Salvadores, cuyo desbocado caballo le hizo perecer entre los enemigos, un tropezón del suyo sobre una piedra le hizo dar en el suelo sufriendo una fuerte contusion, y el pisoteo de sus secciones, y despues de la fuerza enemiga. Los moros viéndole tendido al suelo, casi sin sentido, le acuchillaron y pincharon en la espalda causándole muchas heridas y pinchazos de gumia, sobre todo en un hombro. Le quitaron el chacó, la forragera se la rompieron, y la pelliza, á fuerza de tirones, se la sacaron sin desbrocharla, además de veinte y cinco onzas que en el bolsillo llevaba. Cuando volvió en sí, miró en derredor y se levantó, todo magullado y lleno de sangre, y viendo que á lo lejos venía de nuevo su escuadrón, logró, sacando fuerzas de flaqueza, saltar la zanja que defendía el campo moruno, y por en medio de un diluvio de balas, logró llegar á los suyos, tan abatido, tan estenuado que no podía tenerse en pié.

Efectivamente, este oficial tan bizarro se encuentra, en estos momentos que escribimos, en un estado tan deplorable, que no tiene parte sana en su cuerpo, pues donde no alcanzó la gumia llegaron las herraduras de los caballos; pero, por fortuna las heridas no son de tal gravedad que pongan en peligro su vida.

Como los húsares de la Princesa son la admiración del ejército por su glorioso hecho de armas en el combate del referido día, vamos á reproducir el parte dirigido por el comandante accidental de uno de los escuadrones al general de division Galiano, así como la honorífica respuesta de este jefe: